

hospedaje es Badajoz. Y como en un documental cinematográfico la cámara erudita nos presenta un primer plano en el año 1574; e inmediatamente vemos todo lo que sucedió, siguiendo paso a paso al monarca por las calles de la ciudad.

Los distintos lugares del trayecto van agasajando al joven Rey y nosotros nos enteramos muy precisamente de ello. Digna de hacer notar es la sabrosa descripción de la cocina extremeña con motivo del banquete de Talavera.

Es agradable para los extremeños el oír elogiar a los que viajaron por nuestra tierra, los agasajos de que fueron objeto. El tratar así a los huéspedes nos viene de antiguo, figura representativa pudiera ser el espléndido Conde de Medellín, magníficamente dibujado en el libro que comentamos.

De la estancia en Guadalupe no es menor la información que tenemos, si se exceptúan las conversaciones reales que, llevadas con tal recato, solo se vislumbran sus temas por referencias. Sobre lo demás no ignoramos nada, sabemos los vestidos que llevaban y los movimientos más recónditos que hacían los principales personajes.

Son interesantísimos los apéndices que publica. Una carta de Don Juan de San Clemente, propiedad del autor—sabida es la copia de documentos y libros extremeños que posee Rodríguez-Moñino—. Esta carta nos detalla el paso del monarca portugués por Badajoz, dando datos valiosos para el conocimiento de la ciudad y de la época.

La *Relación del Músico Toledano* es fundamental, a ella ha de recurrirse para cualquier estudio que se haga sobre Don Sebastián. Tiene forma de diario y nos describe los hechos de Felipe II y aún más minuciosos los de su sobrino. Los estudios que se quieran hacer sobre las costumbres extremeñas y españolas en el siglo XVI tienen en ella una ayuda valiosa.

Hay un documento de la Bibliothèque Nationale de Paris que nos da noticias del recibimiento y estancia en Guadalupe, y va publicado con el título de *Relación Anónima de Paris*.

Completando los documentos en prosa vienen unas *Coplas del gran Peña sobre algunos dichos de los portugueses en Guadalupe*, que nos recuerdan otros tipos de canciones populares más antiguas; ellas nos dan la nota viva de los hechos, algunos confirmados en otra parte.

Unos versos de Cepeda, muy malos, dan nueva información sobre la entrada del Rey en Badajoz.

Los *Presupuestos de la campaña de Africa*, serían suficientes para hacer un estudio sobre la organización de un ejército y su abastecimiento en aquel tiempo.

El *Viaje a España del Rey Don Sebastián de Portugal* es básico para cualquier estudio sebastiano posterior, así como para la Historia de Extremadura e incluso para cualquier obra que trate de las costumbres del siglo XVI. Es sencillamente una obra más de Rodríguez-Moñino.

MANUEL SITO ALBA

\*\*\*

### CALMA..., por Manuel Terrón Albarrán (Badajoz 1949).

Poesía y prosa campera, según reza en el subtítulo. Carta-prólogo de nuestro culto colaborador D. Julio Cienfuegos Linares. La portada, a cargo del dibujante D. José María Collado, que también ilustra el *Preludio (Himno a Extremadura)*, con que comienza el libro.

Décimas de endecasílabos libres; romances, formando estrofas de dos, cuatro y seis versos; sonetos, de tercetos rimados a elección del poeta y preferentemente de tres consonantes; y otras combinaciones métricas. He aquí la parte rítmica del volumen. La correspondiente a la prosa está integrada por varias estampas campesinas. El denominador común de estas dos modalidades literarias es el sentimiento lírico. Un sentimiento lírico más rudo y arbitrario, que templado y dulce.

Terrón Albarrán es un impresionista, con Azorín y Miró como modelos preferidos. Posee un léxico abundante, copioso, con miras a lo plástico y a lo musical. No carece de imaginación creadora. Imágenes y tropos surgen a cada paso, más si cabe cuando el lenguaje se desentiende de las reglas inflexibles del verso.

Y puesto que viene a cuento, notaremos que estas reglas no siempre se observan. Un buen oído advierte que hay en el libro versos de ocho y de once sílabas cor-

tos, y estos últimos sin el acento en su sitio: «de berilos y de aguas»; «quebró el silencio de albor-tesoro»; «que le pregona la recia jácara». Sabido es que los versos que terminan en palabra esdrújula necesitan una sílaba más, como una menos los que concluyen en aguda. Y si los versos de cualquier medida, excepto los endecasílabos y algún otro más que no viene al caso, pueden llevar el acento al arbitrio del poeta, si bien suenan mejor cuando lo tienen en determinada sílaba, los de once han de llevarlo por fuerza en la sexta (propios) o en la cuarta y octava (heroicos). (Nos limitamos a indicar la acentuación de los endecasílabos más corrientes). Hay preceptos que son consubstanciales al arte, que están impuestos por la naturaleza de las cosas, y quien falta a ellos recibe más daño que beneficio.

«Yergue el castillo entre un siglo de hiedra»; «¿Qué sucede? Mira, atisba, se espanta»; «Para al fiero jabalí y desafia». Ninguno de estos versos lleva el acento en su sitio. De aquí que parezcan prosa. Además *erguir* no debe emplearse en este caso más que en forma reflexiva. Esto es muy azoriniano. El ilustre autor de *Los Pueblos* no supo—o no quiso—nunca dar al verbo *destacar* el régimen debido.

No pretendemos con esto hacer un alarde de conocimientos retóricos y gramaticales, sino simplemente llamar la atención del autor de CALMA... sobre dichos extremos, por si le parece bien tener presente en lo futuro nuestras observaciones.

También hemos advertido, que dada su riqueza léxica, el paciente esmero que pone en la búsqueda de voces con que esmaltar el lenguaje y darle sonoridad y bizarría, debiera evitar los neologismos y arcaísmos, así como el atribuir a determinadas palabras misión gramatical que específicamente no tienen: «y su frente arrogante la diadema»; «y bastionan las sierras milenarias»; *ocrosos, azulosa, croajar, timbran*, etcétera.

Entre los sonetos que avaloran este libro conviene hacer resaltar por sus versos apretados y jugosos, *Otoño, Cazador*—inspirado en el cuadro de Covarsí: *Cazador de Avutardas*—y *En el Jueves Santo*. El romance intitulado *Tormenta en Junio* ofrece algunas imágenes inspiradas y audaces.

A lo largo de cada composición daremos con bellas representaciones de fuerte colorido; con versos muy bien forjados, duros como el pedernal o blandos y dulces como albérgigos maduros. «Sintió el enigma de su carne ardiente»; «Tronó triunfal en el bravo puerto—guerrero y montaraz clamor sonoro,—saltó como huracán o meteoro—el ciervo del canchal al campo abierto». ¡Qué lástima ese huracán o meteoro, que es tanto como decir «rana o anfibio». Por lo demás, el cuarteto es sonoro y está bien medido y acentuado. «Serena y dulce luz de su escultura». «Envaina el frío acero del cuchillo»; «temblando a su clamor la serranía»; «y clava entre los tersos hontanares—la punta fulgurante de sus lanzas...»; «va surgiendo de los senos de la tierra—el glorioso color de la mañana».

Impecables, excelentes versos; ejemplos de inspiración y de musicalidad.

Las estampas en prosa—*Campos paniegos, Almendros en flor, Lejanías y Dos Tardes*—descogen la gran túnica del lenguaje, que aparece recamado de voces desusadas, cuyo empleo no siempre se conforma con el verdadero sentido de cada una. La violencia que ejerce el autor sobre el lenguaje tropológico y sobre el auténtico sentido de las cosas, revela exaltación lírica, pero no siempre se logra así herir más vivamente la sensibilidad de los lectores. Una presión excesivamente alta impide que el caudal poético circule con regularidad. A ratos esta prosa parece trabajada a cincel. El paisaje es evocado a través de la recíura y valor pictórico de algunas voces bien dispuestas. Tales trozos descriptivos dejan en el ánimo del lector una honda huella.

Para ilustrar el volumen se han hecho reproducciones fotográficas de bellas pinturas de Hermoso, Covarsí y Amador.

P. R. M.